

MARIO VARGAS LLOSA UN NOVELISTA DEL PERU DE HOY



Un nuevo sentido de las letras en América Latina.

PARIS. En un tercer piso de la rue de Tournon, frente al departamento que habitara Gerard Philippe, coronadas las ventanas por un árbol de silueta quiujotesca, vive Mario Vargas Llosa.

Entro. Huacos, telas de Paracas, fotografías de familiares y amigos, afiches y crusteros libros hacen la temperatura donde se escribió LOS IMPOSTORES.

Mientras Julia, la esposa, que sabe de buen vino como buena chilena descorcha un Chateaufeuf du Pape, hablamos de literatura y de México, donde estuvo el año pasado por la Radio y Televisión Francesa. Y también recordamos su carrera literaria, vasta para sus veintisiete años, demasiado sobria para un sudamericano, comenzada allá en el Perú, un poco antes de que Mario ingresara al Instituto de Literatura: 1952, estrenó en Piura **La Huída**; 1957, primer viaje a París a raíz de un premio de cuentos organizado por la **Revue Française**; 1958, **Los Jefes**, premio Leopoldo Alas, en Barcelona; publicaciones en revistas y suplementos literarios de América y Europa...

Y anoto algo de lo que charlamos y le pido un capítulo de la novela premiada que aparecerá para mayo o junio.

¿Puedes anticiparnos el tema de tu obra recientemente premiada?

Es la historia de un grupo de adolescentes que estudian en un colegio militar de Lima. Se trata de un colegio muy particular, pues a él acuden ricos y pobres, blancos y cholos, costeños y serranos. Esta institución es como un espejo de la realidad peruana, un Perú diminuto. La acción transcurre simultáneamente en dos momentos de la vida de esos muchachos: cuando se hallan bajo el impacto del sistema militar, y en su infancia.

SUPLEMENTO DE **Siempre!** DIRECTOR GENERAL: JOSE PAGES LLERGO

DIRECTOR: FERNANDO BENITEZ * JEFE DE REDACCION: JOSE EMILIO PACHECO * DIRECTOR ARTISTICO: VICENTE ROJO
TODA CORRESPONDENCIA DEBE DIRIGIRSE A "LA CULTURA EN MEXICO". REVISTA SIEMPRE!, VALLARTA 20, MEXICO, D. F.
NUMERO 63 * 1o. DE MAYO DE 1963

PERU, DOMINADO

POR UNA CASTA

MILITAR, VIVE

EN LAS PAGINAS DE

"LOS IMPOSTORES"

(PREMIO BIBLIOTECA

BREVE 1962)

SUS PREFERENCIAS,

SUS AMBICIONES

DE ESCRITOR

Entonces, **LOS IMPOSTORES** es una novela un tanto autobiográfica, ya que entiendo que pasaste por las aulas del colegio militar.

Siempre existe una experiencia personal de base en toda creación literaria. Pero yo no he contado una aventura vivida, sino una ficción. Mi vocación es literaria, y la autobiografía pertenece a la historia, que narra hechos verídicos. A un novelista sólo pueden exigírseles hechos verosímiles; cuando es realista, claro está.

¿Podría clasificarse el libro dentro de la corriente realista?

Espero que sí, porque yo creo en el realismo. Admiro la literatura fantástica, pero aún en sus obras cumbres, me parece limitada, pues sólo distrae, o sorprende, pero nunca enseña a vivir ni a morir. Las novelas son grandes y durables en la medida en que abarcan más planos de realidad aunque su verdad última sea siempre estética. Quiero decir con esto que la literatura se enriquece con la sociología y la historia, pero que nunca puede ser sólo eso. Antes que nada, una novela es una construcción verbal. El aliento de autenticidad que vibra en **La Guerra y La Paz**, ¿procede acaso de una reconstrucción fidedigna de las guerras napoleónicas? No, ya sabemos que Tolstoi cometió inexactitudes, que tergiversó algunos hechos. Pero el ambiente que describe, transpira vida, realidad. Y esto se debe a su talento creador, a la belleza épica de su estilo.

¿No visualizas cierto peligro en este desdoblamiento?

Entre realismo literario y realismo histórico? Sí, hay un cierto peligro, un dilema más bien. Si un escritor, en su afán de ser fiel a la realidad, se limita a calcarla, a expresarla tal cual, traiciona su vocación, deja de ser un creador y se convierte en un cronista, hace periodismo, en el mejor de los casos, historia. De otro lado, si se entrega a la pura fantasía, si escribe sólo en función de su imaginación, corre el riesgo de mistificar la realidad. Creo que el verdadero realismo en literatura es el

que concilia estas dos fuerzas contrarias. Sartre lo ha mostrado muy bien, al decir que el compromiso del escritor es doble: externo (con su tiempo, con la justicia, con sus contemporáneos) e interno (con su propio oficio, con su vocación).

¿Estás con la literatura militante?

No. Creo que la novela no es eficaz para los objetivos militantes, es decir, los de política inmediata. Para ellos me parecen más adecuados géneros como el ensayo, el manifiesto, el artículo periodístico. ¿A qué se debe, si no, el fracaso de la novela indigenista en América? Los escritores indigenistas tenían ideas nobles, propósitos convincentes, pero olvidaron que la literatura es también un fin, no sólo un instrumento. Desdénaban tanto los problemas formales, que acabaron por escribir con los pies. El escritor que hace literatura militante, sacrifica la literatura por objetivos, que tampoco llega a conseguir. Su fracaso es doble.

Siendo la mayor parte de América un conglomerado indígena, ¿piensas que aún no existe la creación estética de ese grupo?

Indudablemente que no. Los libros que hablan del indio con conocimiento de causa y con talento, como **Los Ríos Profundos**, de José María Arguedas, y **Balún Canán**, de Rosario Castellanos, son excepciones. No puede existir una literatura indígena auténtica, pues los escritores latinoamericanos vienen de la burguesía y conocen al indio a medias o en absoluto. Y el indio no tiene acceso a la cultura que, en América, sigue siendo cultura de clase.

Entonces, ¿reconces que tu literatura es burguesa?

Por supuesto y **malgré moi**. Lo cual no quiere decir que no sienta horror por la burguesía.

Para ti, ¿quiénes son los mejores escritores en Hispanoamérica?

Alejo Carpentier, Julio Cortázar, José María Arguedas y Jorge Luis Borges.

UN FRAGMENTO DE

LOS IMPOSTORES

CUATRO —dijo el Jaguar.

Los rostros se suavizaron en el resplandor vacilante que el globo de luz difundía por el recinto, a través de escasas partículas limpias de vidrio: el peligro había desaparecido para todos, salvo para Porfirio Cava. Los dados estaban quietos marcaban tres y uno, su blancura contrastaba con el suelo sucio.

—Cuatro —repitió el Jaguar—. ¿Quién?

—Yo —murmuró Cava—. Dije cuatro.

—Apúrate —replicó el Jaguar—. Ya sabes, el segundo de la izquierda.

Cava sintió frío. Los baños estaban al fondo de las cuadras, separados de ellas por una delgada puerta de madera, y no tenían ventanas. En años anteriores el invierno sólo llegaba al dormitorio de los cadetes, colándose por los vidrios rotos y las rendijas, pero este año era agresivo y casi ningún rincón del colegio se libraba del viento que, en las noches, conseguía penetrar hasta en los baños, disipar la hediondez acumulada durante el día y destruir la atmósfera tibia. Pero Cava había nacido y vivido en la sierra, estaba acostumbrado al invierno: era el miedo lo que erizaba su piel.

—¿Se acabó? ¿Puedo irme a dormir? —dijo Boa—: un cuerpo y una voz desmesurados, un plumero de pelos grasientos que corona una cabeza prominente, un rostro diminuto de ojos hundidos por el sueño. Tenía la boca abierta, del labio inferior adelantado colgaba una hebra de tabaco. El Jaguar se había vuelto a mirarlo.

—Entro de imaginaria a la una —dijo Boa. Quisiera dormir algo.

—Váyanse —dijo el Jaguar—. Los despertaré a las cinco.

Boa y Rulos salieron. Uno de ellos tropezó al cruzar el umbral y maldijo.

—Apenas regreses, me despiertas —ordenó el Jaguar—. No te demores mucho. Van a ser las doce.

—Sí —dijo Cava. Su rostro, por lo común impenetrable, —parecía fatigado—. Voy a vestirme.

Salieron del baño. La cuadra estaba oscuras, pero Cava no necesitaba ver para orientarse entre las dos columnas de literas; conocía de memoria ese recinto estirado y

alto. Lo colmaba ahora una serenidad silenciosa, alterada instantáneamente por ronquidos o murmullos. Llegó a su cama, la segunda de la derecha, la de abajo, a un metro de la entrada. Mientras sacaba a tuestas del ropero el pantalón, la camisa caqui y los botines, sentía junto a su rostro el aliento teñido de tabaco de Vallano, que dormía en la litera superior. Distinguió en la oscuridad la doble hilera de dientes grandes y blanquísimos del negro y pensó en un roedor. Sin bulla, lentamente, se despojó del pijama de franela azul y se vistió. Echó sobre sus hombros el sacón de paño. Luego, pisando despacio porque los botines crujían, caminó hasta la litera del Jaguar, que estaba al otro extremo de la cuadra, junto al baño.

—Jaguar.

—Sí. Toma.

Cava alargó la mano, tocó dos objetos fríos, uno de ellos áspero. Conservó en la mano la linterna, pero guardó la lima en el bolsillo del sacón.

—¿Quiénes son los imaginarios de la sección? —preguntó Cava.

—El poeta y yo.

—¿Tú?

—Me reemplaza el Esclavo.

—¿Y en las otras secciones?

—¿Tienes miedo?

Cava no respondió. Se deslizó en puntas de pie hacia la puerta. Abrió uno de los batientes, con cuidado, pero no pudo evitar que crujiera.

—¡Un ladrón! —gritó alguien, en la oscuridad—. ¡Mátalo, imaginaria!

Cava no reconoció la voz. Miró afuera; el patio estaba vacío, débilmente iluminado por los globos eléctricos de la pista de desfile, que separaba a las cuadras de un campo de hierba. La neblina disolvía el contorno de los tres bloques de cemento que albergaban a los cadetes del quinto año y les

comunicaba una apariencia irreal. Salió. Aplastado de espaldas contra el muro de la cuadra, se mantuvo unos instantes quieto y sin pensar. Ya no contaba con nadie; el Jaguar también estaba a salvo. Envidió a los cadetes que dormían, a los suboficiales; a los soldados entumecidos en el galpón levantado a la otra orilla del estadio. Advirtió que el miedo lo paralizaría si no actuaba. Calculó la distancia: debía cruzar el patio y la pista de desfile; luego, protegido por las sombras del descampado, contonear el comedor, las oficinas, los dormitorios de los oficiales y atravesar un nuevo patio, éste pequeño y de cemento, que moría en el edificio de las aulas, donde habría terminado el peligro: la ronda no llegaba hasta allí. Luego, el regreso. Confusamente, deseó perder la voluntad y la imaginación y ejecutar el plan como una máquina ciega. Pasaba días enteros abandonado a una rutina que decidía por él, empujado dulcemente a acciones que apenas notaba; ahora era distinto, se había impuesto lo de esta noche, sentía una lucidez insólita.

Comenzó a avanzar pegado a la pared. En vez de cruzar el patio, dio un rodeo, siguiendo el muro curvo —las dos puntas descansaban en la pista de desfile— que ocultaba las cuadras de quinto. Al llegar al extremo, miró con ansiedad: la pista parecía interminable y misteriosa, enmarcada por los simétricos globos de luz en torno a los cuales se aglomeraba la neblina. Fuera del alcance de la luz, adivinó en el macizo de sombras, el descampado cubierto de hierba. Los imaginarios solían tenderse allí, a dormir o a conversar en voz baja, cuando no hacía frío. Confía en que una timba los tuviera reunidos esa noche en algún baño. Caminó a pasos rápidos, sumergido en la sombra de los edificios de la izquierda, eludiendo los manchones de luz. El estallido de las olas y la resaca del mar extendido al pie del colegio, al fondo de los acantilados, apagaba el ruido de los botines. Al llegar al edificio de los oficiales se estremeció y apuró el paso. Después, cortó transversalmente la pista y se hundió en la oscuridad del descampado. Un movimiento próximo e inesperado devolvió a su cuerpo, como un puñetazo, el miedo que empezaba a vencer. Duró un segundo: a un metro de distancia, brillaban como luciérnagas, dulces, tímidos, lo contemplaban los ojos de la vicuña. "¡Fuera!", exclamó, encolerizado. El animal permaneció indiferente. "No duerme nunca la maldita", pensó Cava. "Tampoco come". ¿Por qué no se ha muerto? Se alejó. Dos años y medio atrás, al venir a Lima para terminar sus estudios, lo asombró encontrar caminando impávidamente entre los muros grises y devorados por la humedad del Colegio Militar Leoncio Prado, a ese animal exclusivo de la sierra. ¿Quién había traído la vicuña al colegio, de qué lugar de los Andes? Los cadetes, hacían apuestas del tiro al blanco: la vicuña apenas se inquietaba con el impacto de las piedras. Se apartaba lentamente de los tiradores, con una expresión neutra. "Se parece a los indios", pensó Cava. Subía la escalera de las aulas. Ahora no se preocupaba del ruido de los botines;

allí no había nadie, fuera de los bancos, los pupitres, el viento y las sombras. Recorrió a grandes trancos la galería superior. Se detuvo. El chorro mortecino de la linterna le descubrió la ventana. "El segundo de la izquierda", había dicho el Jaguar. Efectivamente, estaba flojo. Fue retirando con la lima la masilla del contorno, que recogía en la otra mano. La sintió mojada. Extrajo el vidrio con precaución y lo depositó en el suelo. Palpó la madera hasta encontrar el cerrojo. La ventana se abrió, de par en par. Ya adentro, movió la linterna en todas direcciones; sobre una de las mesas de la habitación, junto al mimeógrafo, había tres pilas de papel. Leyó "Examen bimestral de Química". Quinto año. Duración de la prueba: cuarenta minutos; Las hojas habían sido impresas esa tarde y la tinta brillaba aún. Copió rápidamente las preguntas en una libreta, sin comprender lo que decían. Apagó la linterna y volvió hacia la ventana.

Trepó y saltó: el vidrio se hizo trizas bajo los botines, con mil ruidos simultáneos. "¡Mierda!" —gimió—. Había quedado en cucullas, aterrados. Sus oídos no percibían, sin embargo, el bullicio salvaje que esperaban, las voces como balazos de los oficiales: sólo su respiración entrecortada por el miedo. Esperó todavía unos segundos. Luego, olvidando utilizar la linterna, reunió como pudo los trozos de vidrio repartidos por el enlozado y los guardó en el sacón. Regresó a la cuadra sin tomar precauciones. Quería llegar pronto, meterse en la litera, cerrar los ojos. En el descampado, al arrojar los pedazos de vidrio, se arañó las manos. En la puerta de la cuadra; se detuvo; se sentía extenuado. Una silueta le salió al paso.

—¿Listo? —dijo el Jaguar.

—Sí.

—Vamos al baño.

El Jaguar caminó delante, entró al baño empujando la puerta con las dos manos. En la claridad amarillenta del recinto, Cava comprobó que el Jaguar estaba descalzo; sus pies eran grandes y lechosos, de uñas largas y sucias; oían mal.

—Rompi un vidrio —dijo, sin levantar la voz.

Las manos del Jaguar vinieron hacia él como dos bólidos blancos y se incrustaron en las sopolas de su sacón, que se cubrió de arrugas. Cava se tambaleó en el sitio, pero no bajó la mirada ante los ojos odiosos del Jaguar, fijos detrás de unas pestañas corvas.

—Serrano —murmuró el Jaguar, despacio—. Tenías que ser serrano. Si nos chapán, te juro...

Lo tenía siempre sujeto de las solapas. Cava puso sus manos sobre las del Jaguar. Trató de separarlas, sin violencias.

—¡Suelta! —dijo el Jaguar. Cava sintió en su cara una lluvia invisible—. ¡Serrano!

Cava dejó caer las manos.

—No había nadie en el patio —susurró—. No me han visto.

El Jaguar lo había soltado, se mordía el dorso de la mano derecha.


—No soy un desgraciado, Jaguar —murmuró Cava—. Si nos chapán, pago solo y ya está.

El Jaguar lo miró de arriba abajo. Se rio.

—Serrano cobarde —dijo—. Te has orinado de miedo. Mírate los pantalones.

MUNDO DE CULTURA ECONOMIA

Todo mexicano debería conocer y meditar



EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

OCTAVIO PAZ

Traducido ya al francés, italiano e inglés. Aparece ahora la 3a. edición en español.

EN TODAS LAS LIBRERIAS y en Ave. Universidad 975 México 12, D. F.